

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA CIUDAD DE PUEBLA

POR EL SR. LICENCIADO

D. RAFAEL ILLEZCAS,

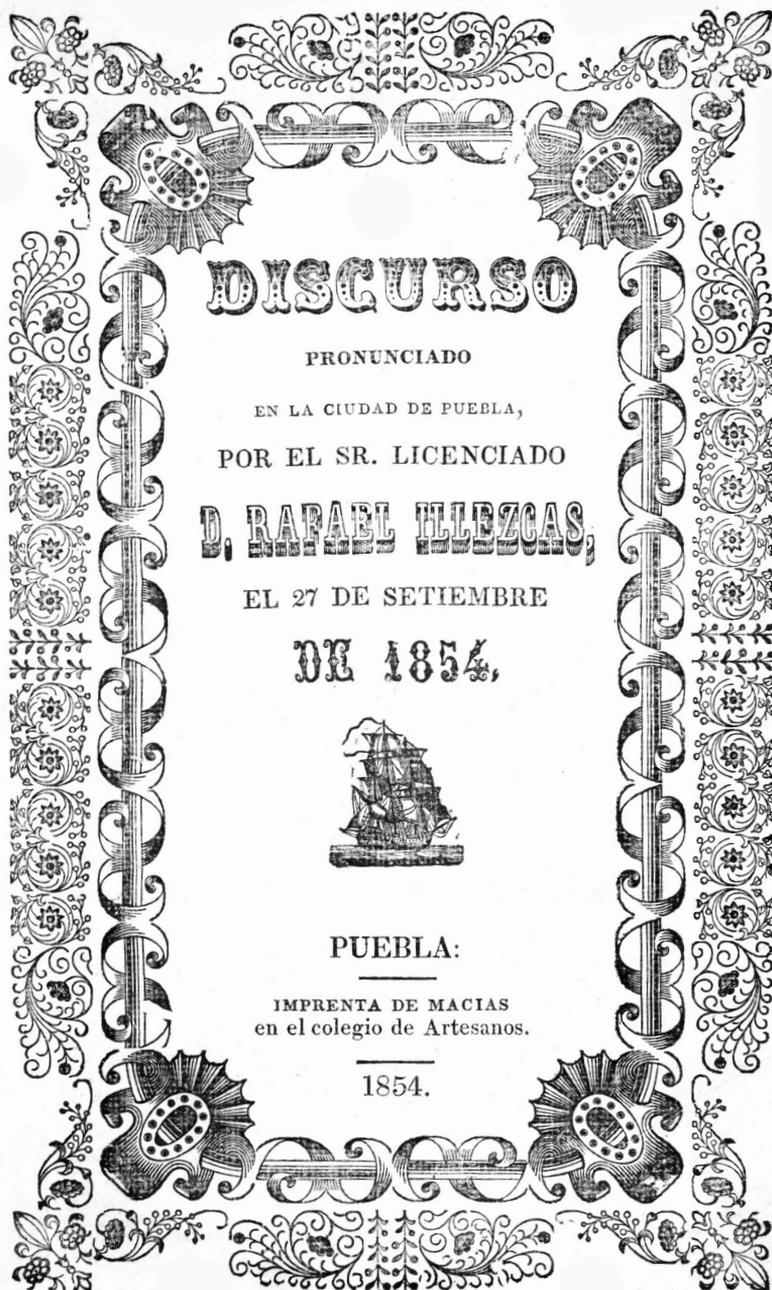
EL 27 DE SETIEMBRE

DE 1854

PUEBLA 1854

COLECCION DE DISCURSOS PATRIOTICOS  
JORGE DENEGRÉ VAUGHT PENA

CONSUMACION DE LA  
INDEPENDENCIA



# DISCURSO

PRONUNCIADO

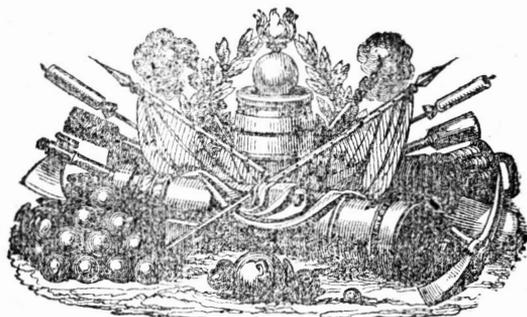
EN LA CIUDAD DE PUEBLA,

POR EL SR. LICENCIADO

D. RAFAEL ILLEZCAS,

EL 27 DE SETIEMBRE

DE 1854.



PUEBLA:

Imprenta de Macias, en el Colegio de Artesanos.

1854.





EXMO. SR.—CONCIUDADANOS.

**L**A vida de los pueblos, como la de los individuos, presenta en la série de los acontecimientos humanos y segun las vicisitudes de los tiempos, dias de gloria y de felicidad dignos de memoria eterna, y dias de sufrimiento y de prueba de tristes y amargos recuerdos. Los sucesos que en unos y en otros se han cumplido, son consignados en los análes de la humanidad, por la generacion que ha estado presente á ellos, para que sirvan de ejemplo y de enseñanza á las generaciones futuras. México, uno de los pueblos mas jóvenes que figuran en la grande asociacion del género humano, presenta en los pocos años de su ecsistencia política este contraste de acontecimientos en una sucesion mas rápida que ninguna de las otras naciones del antiguo mundo; y los hechos que en su pequeña historia se encuentran registrados, deben ser siempre memorables, porque son felices y gloriosos unos, como los mas brillantes de la heroica Grecia, y dignos de lamentarse otros, como los que eclipsaron la gloria de Roma, cuando las huestes del indomable Atila violaron el recinto del venerando Capitólio.

Para cumplir con el deber muy grato para mí de dirigiros la palabra en este dia, recordaré con vosotros en comprobacion de lo que acabo de deciros, el suceso venturoso cuyo aniversario celebramos; os hablaré de los deseos y de las esperanzas que despertó en el corazon de los buenos mexicanos una aurora tan brillante de felicidad, como la que apareció en nuestro horizonte político en

## — 4 —

821; y os referiré por último, bien á pesar mio, las desgracias que una en pos de otra han venido sobre nosotros, hasta ver invadido nuestro suelo por un puñado de aventureros arrojados, que no contentos con habernos despojado de nuestras tierras, quisieron asegurar la presa, obligándonos con la fuerza de las armas á legalizar tan injusta violencia. En esta misma tribuna y en los días de mas tribulacion y angustia se os ha dicho que érais felices, queriendo persuadiros que México era la nacion mas grande y poderosa del continente americano; otras veces se os han descrito, en frases llenas de sentimiento y de poesía, utópias hermosas que alucinandoos por un momento, os han hecho entreveer como posible lo que jamás pudiera ecsistir. De mi boca no oiréis mas que la verdad, aunque á veces sea sobradamente amarga, porque no creo que es otro el deber que está llamado á cumplir un orador.

Escaso de talento y pobre de ideas para llenar debidamente este encargo conque la Junta patriótica se dignára honrarme, y obligada por otra parte mi gratitud á distincion tan inmerecida, ha luchado mi deseo con mi impotencia, y vengo por fin á este lugar, en que nunca creí verme, fiado solo en que vuestra benevolencia sabrá disimular y suplir lo que mi insuficiencia no ha podido alcanzar.

Al abrir el libro de nuestra historia, conciudadanos, se presenta desde luego á nuestros ojos en la primera de sus páginas escrito con letras de oro el hecho grandioso de la conquista de nuestra independencia, consumada hace treinta y tres años; por la entrada triunfal del ejército trigarante, con su ilustre gefe D. AGUSTIN DE ITURBIDE, en la antigua capital del vireynato de Nueva-España. En aquel dia, el primero de nuestra ecsistencia política, un grande hombre levantaba su frente al cielo, satisfecho de haber realizado un gran pensamiento; un ejército de valientes saboreaba los placeres del triunfo; un pueblo embriagado de felicidad bendecia á la Providencia, y la enseña tricolor, símbolo de la religion, de la independencia y de la union, publicaba que los colonos de México se emancipaban de su metrópoli, en virtud de un tratado político, en que combinándose los intereses de padres é hijos, de españoles y mexicanos, se unian todos formando una asociacion nueva, que dirigiéndose por sí, entraba á hacer parte como individuo de la gran sociedad de las naciones. Este triunfo, alcanzado casi

sin combatir, es por sí solo bastante para formar el elogio más cumplido del héroe de Iguala. Su génio, despreciando las interpretaciones que se pudieran dar á su conducta, rectificando las ideas, y uniformando las opiniones, todo lo avasalló á su voluntad; el prestigio de su palabra fué bastante para dar vida y movimiento á los deseos de independencia, que yacian adormecidos en el corazón de los mexicanos, espantados de los sucesos horribles que acababan de presenciar en la asoladora guerra de insurrección, y el impulso de su mano poderosa destruyó de un golpe los obstáculos que opusieran á sus intentos, los que por cumplir con una sagrada obligacion de lealtad á su soberano y á su pátria, hicieron el último esfuerzo, aun conociendo su impotencia, para contener el curso de los acontecimientos, que presagiaban el triunfo de ese movimiento nacional. Todo lo habia previsto el caudillo, y por medio de un plan combinado con sabiduría y con prudencia, y ejecutado con rapidez y felicidad, en el cortísimo periodo de siete meses consumó la mas gloriosa de las conquistas; la libertad de la pátria. Sí, conciudadanos, debemos á nuestro generoso libertador: pátria, libertad, una existencia independiente, la vida, la felicidad. Cualesquiera que sean los destinos que estén reservados á México, y aunque el recuerdo de pasadas desgracias enturbie la felicidad presente, la memoria del 27 de Setiembre de 1821 será siempre grata para los mexicanos.

No entra en mi propósito referiros una á una las hazañas de D. AGUSTIN DE ITURBIDE, y del ejército trigarante, del que solo quiso llamarse primer gefe: con esta relacion que pertenece á la historia, cansaría vuestra atencion, y traspasaría los límites á que debo circunscribir mi discurso. Baste decir que en los encuentros que tuvieron las tropas nacionales con las realistas, siempre vencieron las primeras, sin que se diera un ejemplo de que hubieran abusado del triunfo, para imponer duras condiciones á los vencidos, á quienes veian como hermanos, conforme al lema de Union que llevaban escrito en sus banderas. Cuantas veces los españoles tuvieron que rendirse, fué por medio de capitulaciones honorosas, en que se les conservaban los honores de la guerra, y se les dejaba en libertad, para incorporarse en las filas del ejército, ó seguir en las del gobierno, dirigiéndose á los lugares que todavía

## — 6 —

ocupaba; no habiéndose dado mas que un solo caso, de haber obligado á las tropas vencidas á rendir á discrecion sus armas.

La conducta del primer gefe era la mas á propósito para evitar los horrores de la guerra, y hacer que el triunfo fuese mas bien el resultado de su política, que el de la fuerza de las armas. Su pensamiento, secundado por los dignos gefes de las diversas secciones del ejército, dió por resultado la rápida adhesión de las provincias al plan de Iguala, y que estrechándose el círculo que ocupaba el gobierno, se hiciera su posicion cada vez mas embarazosa y difícil.

Organizado el ejército, el cuidado del primer gefe fué distribuirlo convenientemente en los lugares mas á propósito, para nulificar los medios de resistencia que todavía pudieran quedar á los realistas; y los gefes Negrete, Andrade, Echávarri, Quintanar, Guerrero, Herrera, Santa-Anna y Bravo fueron los encargados de sostener las provincias, haciendo cumplir las órdenes del primer gefe, cada uno en la estension que ocupaban las tropas que estaban á su mando.

Cuando no quedaban al gobierno español mas que las plazas y fuertes de Veracruz, Acapulco y S. Carlos de Perote, y cuando parece que debia darse término á la campaña con la toma de la capital, que no podria resistir mucho tiempo á las tropas que la sitiaban, Iturbide se separa del campo de batalla, abandona un triunfo seguro, porque habia de costar alguna sangre, y llevado de su deseo de conseguir la union, la busca hasta donde parece no debiera encontrarla, y se dirige á la villa de Córdova, donde celebra con el virey O'Donojú el famoso tratado, en que, con la política mas profunda por ambas partes, se estableció la independencia, de la manera que debia ser mas fructuosa para México, y se salvaron los intereses de la España hasta donde fué posible, atendidas las circunstancias y los hechos consumados que era forzoso aceptar. Iturbide y O'Donojú se dirigieron en seguida á la capital, para consumir con su ocupacion los convenios celebrados en Córdova, y el 27 de Setiembre de 1821 hizo el primer gefe su entrada con el ejército trigarante, cuyo comportamiento en toda la campaña fué modelo de disciplina, de abnegacion, de lealtad, de valor y de cuantas virtudes constituyen la moralidad del soldado. Así terminó esta guerra, si podemos darle tal nombre, digna de fi-

## — 7 —

**gurar en los anáes de los pueblos mas civilizados. ¡Gloria y prez inmortal á los valientes que nos dieron pátria! ¡Que la memoria que hoy les consagramos, despierte en nuestros pechos el deseo de imitar su heróico ejemplo! ¡Que dignos herederos de sus virtudes sepámos conservar los inapreciables bienes que nos legaron!**

**Consumada, pues, la independenciam, y unidas las clases del Estado por el deseo y la esperanza de alcanzar los inefables goces de la libertad, era de creerse, que siguiendo el camino por donde la metrópoli habia hecho de México la mas floreciente de sus colonias, cimentasen los mexicanos su felicidad, recogiendo los frutos con que plugo á la Providencia enriquecer nuestro suelo.**

**Nada mas prudente á la verdad que conservar los elementos, que habian hecho de estas regiones la mansion deliciosa, que con tan brillantes colores se presentaba á la imaginacion del europeo. Unidad y energía en el gobierno; administracion civil que aseguraba las garantias del ciudadano; sistema de hacienda que con prudente economía proporcionaba, no solo recursos necesarios para el sostenimiento de la colonia, sino sobrantes de consideracion que se remitian á la metrópoli; administracion de justicia fácil y espedita, reglamentada por los códigos españoles y el peculiar de las Indias, en que brillan la sabiduria, la prudencia y el deseo de hacer el bien que animó á los monarcas españoles desde la católica Isabel hasta el desgraciado Cárlos IV; un ejército poco numeroso pero disciplinado y aguerrido; misiones religiosas en los desiertos de las fronteras civilizando á los bárbaros, para librar de sus incursiones á los pueblos, formaban una administracion pública, que da honor á la España, y no puede menos que causar la admiracion de los que examinen la historia de los tres siglos que mantuvo su dominacion en las Américas. Prueba de esta verdad es el estado floreciente en que se ha conservado la isla de Cuba hasta nuestros dias, habiendo obtenido la fortuna, de nosotros envidiada, de rechazar con gloria una invasion pirática del pueblo vecino, dando un golpe á ese orgullo, de que nosotros fuímos victima.**

**El ejército satisfecho de la obra á que tan eficazmente habia contribuido; los buenos españoles que veian en la independenciam la salvacion de México, pues que así se libraba del contagio de**

## — 8 —

las ideas disolventes que habían invadido la España, y el pueblo todo, lleno de las más gratas ilusiones, estaban muy lejos de pensar, que con el sol del 27 de Setiembre se hundiría la felicidad que se prometían y que con la aurora del 28 había de comenzar la cadena de desgracias, que conduciría á la patria hasta un grado de prostración y abatimiento, que bien ha podido decirse, su agonía. Pero el objeto que había uniformado la voluntad de los mexicanos estaba alcanzado, y siendo este el lazo que los había unido, natural era que dejando de existir, se destruyese la unión proclamada, ahogándose en la cuna los bienes que debió producir. Así fué en efecto; y... preciso es confesarlo, conciudadanos, la inesperienza de nuestros primeros hombres de Estado; las teorías de libertad abrazadas por la multitud con entusiasmo y sin reflexión, y la discordia que con la astucia más perspicaz, comenzó á sembrar desde entonces entre nosotros la nación que ha querido absorber á todas las que con ella ocupan el continente de América, fueron causas poderosas que oscurecieron la inteligencia de los mismos que habían sabido conquistar la independencia, hasta el grado de desconocer los preciosos bienes que debió producir el magnífico plan salvador proclamado en Iguala. Se olvidó el tratado de Córdoba, en el que como ya he dicho, se combinaba admirablemente la independencia de México, con la conservación necesaria al menos por entonces, del sistema de gobierno que la había regido, y abandonando el camino seguro, para buscar por sendas desconocidas y peligrosas una dicha imaginaria, se perdió la oportunidad mejor que pudiera haberse presentado, para levantar sobre cimientos sólidos y permanentes el edificio nacional.

„El deseo de las innovaciones es una de las mayores plagas que afligen á la Europa,” dijo á fines del siglo pasado el ilustre autor del Ensayo histórico sobre las revoluciones antiguas y modernas. La verdad de esta observación se encuentra confirmada en cada una de las páginas de nuestra historia, en las que causa admiración ver registradas en solo seis lustros casi todas las formas de gobierno, sin que haya podido conseguirse la felicidad nacional; y consecuencia necesaria de estos errores ha sido la serie de males, que sin dejarnos tregua para gustar del placer de ser libres, nos ha hecho suspirar por otros días, en que gozaron nuestros ma-

## — 9 —

yores los inapreciables bienes de la paz, de la seguridad y de la abundancia; por que ¿quién de nosotros no ha visto á sus padres recordar con sentimiento los años de su juventud; y derrama alguna vez lágrimas, al ver desvanecidas las esperanzas que les hiciera concebir el glorioso movimiento de 821?

Triste, muy triste es ciertamente nuestra historia desde que somos libres; lucha constante entre las facciones disputándose el poder, para disfrutarle un solo dia; inmoralidad á veces en la administracion, hasta el grado de sancionarse los mas atroces delitos en el santuario mismo de las leyes; violados los mas sagrados derechos del ciudadano; amenazadas su propiedad y su vida; entronizado en fin el desórden y la anarquía, llegamos, no hay duda, al periodo que precede á la disolucion social; y cansados de vana<sup>s</sup> promesas, y trabajados con las revoluciones, y oprimidos bajo el peso de tantos infortunios, perdimos la fé en el porvenir, la esperanza de una felicidad que juzgamos quimérica, y solo deseábamos en nuestro disculpable abatimiento, que no fuesen mayores los males que se nos hicieran sufrir.

En situacion tan lamentable vino á apurar mas nuestro infortunio el enemigo extranjero, que habiendo preparado largos años e golpe que anhelaba darnos, espiaba solo la ocasion oportuna de venir sobre nosotros, fiado mas bien en nuestra debilidad, que en la fuerza y en el poder que le dan los elementos fisicos de que disfruta. Habiendo protegido abiertamente desde su principio la rebelion de los colonos de Tejas, y acostumbrado á recorrer nuestros departamentos fronterizos, como si fuesen parte de su territorio, solo faltaba la ocupacion á mano armada, para no dejar duda, de que en uso del derecho del mas fuerte, daba rienda á ese insituto de rapacidad, de que ha dado claras muestras, aun antes de elevarse al rango de nacion independiente. El momento era propicio, y un puñado de hombres armados enarboló el pabellon de las estrellas en la orilla derecha del Rio Bravo.

En vano corrimos á la defensa, cuando careciamos aun de los mas precisos elementos para hacerla eficazmente: en vano se dirigieron nuestros ojos al vencedor de Barradas en Tampico: su espada sola no podia sostener el combate, su voluntad aislada solo podia hacer un sacrificio estéril. . . . y sin embargo se improvisó un ejército: los antiguos veteranos de la independencia volaron á

las armas, y deseosos de morir á manos del enemigo, antes que verle triunfante, se presentaron á su paso, para disputarle el terreno; y sin desmentir su valor y su firmeza, pelearon con denuedo aunque con escasa fortuna. La victoria era imposible, y fué por esto mas sublime el sacrificio de los valientes que perecieron en el combate. ¡Leon, Vazquez, Balderas y los que con vosotros tuvieron la suerte de morir peleando, vuestros nombres han sido inscritos en el catálogo de los héroes, y la gloria que alcanzasteis brillará sobre vuestra tumba hasta el último día de los tiempos!

He dicho que la victoria era imposible, porque á las causas que dejó enumeradas se unian ¡oh colmo de la infamia! los esfuerzos de una faccion parricida, que deseando ver entronizada en su país la licencia, trabajó, no lo dudéis, por la aneccion de México á los Estados-Únidos; y procuró por cuantos medios pudo el triunfo de los invasores, consumando así la mas negra de las traiciones.

Vencida la resistencia que presentaron al enemigo nuestras tropas, no tuvo ya obstáculos en su marcha, y ocupado nuestras poblaciones, solo encontró en sus habitantes hombres inofensivos, que acostumbrados á sufrir males sin cuento, no vieron acaso, como el mayor de todos la ocupacion de su suelo . . . . Para qué decir mas: nunca se borrará de nuestra memoria, que el 27 de Setiembre de 847 no era la enseña tricolor de 821 la que flameaba en los edificios públicos de la capital de la República.

El cuadro que acabo de presentar á vuestra vista no es una pintura caprichosa, ¡ojala que así fuera! pero los hechos son recientes, ellos hablan mas alto de lo que yo pudiera hácerlo, y gravados en vuestros corazones por las profundas impresiones del dolor, están dando en este momento testimonio de la verdad que me he propuesto demostrar: *los sacrificios de Iturbide, y del valiente ejército que militó á sus órdenes. ¡doloroso es decirlo! han sido hasta hoy estériles para los mejicanos.* Sin embargo, del recuerdo de tantas desgracias debemos sacar lecciones saludables, y aprovechar el tiempo, que aun nos ha querido conceder el Supremo dispensador de los bienes, para trabajar en la obra de nuestra regeneracion.

Pocos pueblos se han de haber visto en una crisis como la que nosotros hemos pasado últimamente, y solo un favor especial de esa divina Providencia, que si affige á los hombres jamás los abandona, ha podido salvarnos. Reconozcamos esa proteccion, y tributemos sinceros homenajes de gratitud al Dios Omnipotente, que por un efecto de su bondad derramó el consuelo sobre nosotros, cuando llenos de amargura á fuerza de tanto sufrir, ni veiamos remedio á nuestros males, ni alcanzábamos lenitivo á nuestros dolores. Él, siempre misericordioso, ha querido volvernos los elementos, en que en otro tiempo pudimos fundar nuestra felicidad.

Heimos visto el desorden y anarquía que presentaba nuestra patria hasta el último movimiento político, en que la nacion toda,

con un esfuerzo sobrehumano, se levantó contra los abusos que aparecían por todas partes, como consecuencia necesaria del desconcerto absoluto en los elementos del gobierno, é invocó el nombre del general Santa-Anna, cuyos antecedentes, y un acendrado patriotismo, que jamás se ha puesto en duda, le constituían el solo capaz de dirigir el plan á la consecucion del fin propuesto. Nuestro ilustre Presidente y sus dignos colaboradores han correspondido á las esperanzas de los pueblos, salvando á la República; y parece que ha llegado la hora del desengaño, y que ya se escucha la voz de los políticos extranjeros y nacionales, que no han cesado de decirnos, que las instituciones que habíamos adoptado eran las menos á propósito para hacernos felices. Pudiera presentar el testimonio de muchos, pero quiero limitarme al del ilustre Vizconde á quien antes he citado, que poco despues de nuestra independencia, decia: „Se podia establecer la libertad en la América Española por un medio mas facil y seguro que el que se ha usado hasta ahora, y que aplicado en tiempo útil, cuando los sucesos no habian producido consecuencias, hubiera hecho desaparecer muchos obstaculos.” El mismo escritor sigue diciendo: „que las colonias españolas independientes de la madre patria, pero con instituciones mas adecuadas á sus hábitos, hubieran completado su educacion política, al abrigo de las tempestades que podian acabar con las nacientes repúblicas.” Esa prediccion está cumplida, las tempestades han venido, y nosotros hemos sido testigos de los estragos que han causado en nuestro continente.

Muchos mexicanos conocieron esto mismo, y aunque lloraban en silencio los males de la patria que no podian evitar, nunca desesperaron de su remedio, y se encargaron de conservar el fuego sagrado del verdadero patriotismo, para presentarlo puro en el altar del holocausto, cuando pasando el dominio de las facciones, pudiera ofrecerse el sacrificio de paz y de orden á la verdadera libertad. Estos hombres han visto cumplida su esperanza, cuando despues de los dias de prueba que hemos pasado, comenzamos á vislumbrar la claridad del gran dia, en que debemos ver consolidadas la soberanía de la inteligencia y la soberanía de la justicia, únicas que pueden constituir y conservar las sociedades humanas. Con la fé en el porvenir, con la esperanza en la bondad de sus medios de accion, y con la voluntad firme y constante que no retrocede ante ningun obstáculo, ante ningun peligro, siguen su obra sin descanso, y la verán concluida, porque su número crece todos los dias, y con él su fuerza y su poder, y porque Dios protege siempre la causa de los buenos, y de los que trabajan por el bien de la humanidad. Los hombres de que hablo no pertenecen á un partido, no constituyen una comunión política, ni profesan principios absolutos y escluyentes, son los hombres de inteligencia y de saber, que buscan en la ocupacion y en el trabajo la consecucion de los bienes que deben producir las sociedades bien organizadas; que mirando en el orden y en la paz el único medio de hacer útil ese trabajo, procuran conservar estos dos elementos

## —12—

de vida para las naciones, y que ajenos al deseo de innovacion y de progreso desordenado que ha producido tantas revoluciones, han sido los custodios de los principios conservadores en todos los pueblos, y han revivido despues de horribles catástrofes las instituciones que han servido de fundamento á sus gobiernos. A esta clase pertenecen nuestro Presidente y los dignos ministros que forman su ilustrado gabinete. Ellos conociendo bien las necesidades de la nacion, y sacando de las ruinas que produjeran los trastornos de tantos años los pocos restos de moralidad y de orden, han reanimado nuestra sociedad moribunda, que ya comienza á dar señales de movimiento y de vida. Sus esfuerzos constantes por reconstruir el edificio social, sobradamente garantizan la consecucion de este fin, y son bastantes para que depositemos nuestra confianza en un gobierno que tan eficazmente procura nuestro futuro engrandecimiento.

El ilustre general Santa-Anna que supo vencer á un brillante ejército en las orillas del Pánuco; que derramó con gloria su sangre en Veracruz; que atravesó los desiertos de la frontera para reconquistar á Tejas; que peleó como bueno en la Angostura, Cerro Gordo y valle de México, cediendo el terreno palmo á palmo al enemigo extranjero; que devoró en el silencio del retiro un sentimiento natural por la injusticia de algunos de sus conciudadanos, y que despues de tal ingratitud ha volado al reclamo de la pátria, y ha sacrificado el reposo individual en su servicio, es el hombre á quien la Providencia ha designado para salvarla. ¿Y todavía dudaremos el agruparnos á su derredor para ayudarle en empresa de tanta magnitud? No, conciudadanos, aceptemos los beneficios que Dios ha querido concedernos; sigámos el camino que él mismo nos ha señalado; conservémos la paz; aumentémos con nuestra obediencia á la ley la fuerza moral del gobierno, y tendrémos pátria, y gozarémos de los bienes que dimanan de la verdadera libertad, de lo contrario, Dios indignado por nuestra constante ingratitud: nos abandonará como pecitos á nuestra propia suerte, y desaparecerémos entonces de la tierra como las ciudades nefandas, dejando solo á las generaciones venideras un recuerdo de eterno vilipendio.

No ovidémos las palabras de D. AGUSTIN DE ITURBIDE al consumir la independencía: „Ya sabeis el camino de ser libres, á vosotros toca señalar el de ser felices.” Ya que no lo conseguimos entonces, procurémoslo ahora, para hacer útil esa misma independencía que nos conquistara. El, si así lo hiciéremos, verá complacido su obra desde el alto asiento en que goza de la inmortalidad, y presentando al Eterno nuestros votos, hará que derrame sobre nosotros sus bendiciones, como derrama sobre las flores de los campos el rocío que las fecundiza.

Mexicanos: honremos siempre la memoria de nuestro ilustre libertador, y el tiempo borrará de nuestras frentes una mancha de sangre.

